

40 años de COPEI

¿QUE TIPO DE PARTIDO ES COPEI?

Arturo Sosa A.

Una de las más difíciles tareas intelectuales en el ámbito de la política es realizar una evaluación politológica de los actores políticos en escena y particularmente de los partidos. A mediados del año recién terminado vio luz la obra del Dr. Ricardo Combellas, COPEI, ideología y liderazgo (Caracas: Ariel, 1985, 339 págs.) como un serio intento de situarse en ese nivel de análisis. Al mismo tiempo, el XL aniversario del partido socialcristiano va a ser ocasión para la celebración de un Congreso Ideológico que podría también dar pie a algunas investigaciones de este orden. El presente artículo quiere aprovechar estas "coincidencias" para presentar algunas reflexiones surgidas a partir de la lectura del libro del actual Director de la Escuela de Estudios Políticos y Administrativos de la UCV, y de la celebración de los cuarenta años de la fundación del partido COPEI.

Obviamente este artículo no pretende sustituir el necesario análisis politológico del socialcristianismo en Venezuela. Tampoco es un frío análisis académico de la obra de Combellas. Pretende, más bien, además de una reflexión crítica sobre la investigación realizada en la citada obra, sugerir vetas de investigación y puntos de análisis no ceñidos estrictamente al marco por ella trazado.

Un análisis teórico-político no puede prescindir del esfuerzo por caracterizar a COPEI como partido. La tentación fácil es encasillarlo en las clasificaciones más conocidas y tenidas pedagógicamente como "clásicas", aunque hechas a partir de realidades y momentos históricos muy diferentes al vivido por COPEI. Sin despreciar como inspiradores esos modelos teóricos, sería necesario tomar directamente en consideración la propia especificidad del partido socialcristiano COPEI y las características de la evolución sociopolítica de Venezuela en sus cuarenta años de existencia. El trabajo del Prof. Combellas nos ofrece la oportunidad de aportar algo a ese esfuerzo de caracterización de COPEI a partir de dos aspectos centrales: la cuestión ideológica y las cuestiones del liderazgo y organización interna del partido. Alrededor de esos dos grandes ejes se ordenan estas reflexiones.

LA INVESTIGACION Y EL CONTEXTO POLITICO VENEZOLANO

Proponerse como problema de investigación "el partido por dentro", como lo hace este libro (p. 24), se justifica plenamente en el contexto político venezolano. Combellas asume la clasificación de "democracia de masas" para los sistemas democráticos de las sociedades modernas y considera los partidos como las instituciones por excelencia mediadoras entre la sociedad civil y el Estado (p. 23). En las particulares relaciones del sistema político venezolano esa descripción resulta muy vaga y requeriría mayor precisión para convertirla en una categoría de análisis de mayor utilidad.

Un primer dato a tomar en cuenta es que difícilmente la sociedad venezolana puede considerarse como una "sociedad moderna". A lo más se trata de una sociedad en tránsito hacia la modernidad o en proceso de modernización. Aun reconociendo la hegemonía del proyecto modernizador en los últimos cincuenta años de vida venezolana, no podemos engañarnos sobre el conjunto del proceso. Al igual que encontramos sectores de la sociedad ya modernizados, conviven con ellos todas las "fases" posibles de acercamiento a la modernidad y permanecen todas las formas sociales y culturales de origen, así como existen vastos sectores "marginales" a la modernidad, para usar una terminología cara al socialcristianismo. De allí que más que una "democracia de masas" la nuestra sea una "democracia representativa" no tanto porque se elijan "representantes" de ellas, sino porque las decisiones son representativas de ese proyecto hegemónico que ha logrado una extensa legitimidad a través de las votaciones que sí son "de masas".

Se ha hecho ya lenguaje común al describir el sistema político venezolano denominarlo "democracia de partidos". Esa formulación apunta más claramente al tipo de "representación" que se da en la democracia venezolana y en su modelo de toma de decisiones. Las "masas", es decir, ese pueblo que ha experimentado cambios reales y vivido de ilusiones,

en el que conviven zonas de las diferentes "culturas" que han formado el conjunto del país, apenas se relacionan con las decisiones políticas en su nivel más bajo, a saber, las votaciones quinquenales en las que se limitan a opinar sobre el partido (color) que va realmente a tomar las decisiones. Dentro de esa masa, una minoría, la formada por los militantes de los partidos, tiene acceso a otro nivel de participación: realizar las "tareas" determinadas por la dirigencia partidista.

Los partidos políticos venezolanos no son propiamente *mediadores* entre una inexistente sociedad civil y el Estado. Más bien son *representantes* de la modernidad, internamente controlados por una reducida élite modernizadora, y que controlan las decisiones de la más importante, pionera de las instituciones y estructuras modernas en Venezuela: el Estado. Esos mismos partidos, además, orientan y dirigen a las masas en su transición a la "tierra prometida": la Venezuela moderna. Cuando hablamos de los partidos como representantes, debe quedar bien claro que no los consideramos representantes del pueblo en su actual estado económico-político-cultural híbrido, con tantas máculas del "atraso" pre-moderno, sino representantes del pueblo en su estadio final de evolución: un pueblo de "ciudadanos" (por eso se elogian, con un dejo de sorpresa, las actitudes "cívicas" del pueblo cuando va a votar y otras manifestaciones políticas). La encarnación visible de ese estadio evolutivo son los líderes del partido que, habiendo nacido en la cultura "tradicional-atrasada", han hecho el camino, y hoy representan tanto la figura misma del ciudadano moderno como la posibilidad de los demás hijos del pueblo de llegar a ella.

Nos atreveríamos a decir que la venezolana es una *democracia populista* en la que los partidos políticos cumplen una muy compleja función. Son ellos los únicos capaces de lograr masivas movilizaciones sociales, incluyendo en ella a todos los estratos y situaciones de la población. Son las instituciones que logran la incorporación, simultáneamente real e ilusoria, de esas mismas masas en la vida política con formas variadas (votantes, militantes, simpatizantes, clientelismo, recomendaciones...). Son los aparatos de poder que hacen posible que una minoría pueda impulsar el conjunto de los procesos sociales y, al mismo tiempo, tomar las decisiones variadas de un Estado cada vez más grande y complejo, usando los múltiples recursos es-

tatales como principal palanca del desarrollo modernizador.

Calificar de *populista* la democracia venezolana significa correr un alto riesgo conceptual. Populismo es una de esas palabras que todo el mundo usa con gran seriedad y que tanto quien la pronuncia como quien la escucha cree entender. Por lo tanto, nadie se atreve a preguntarle a quien la usa qué está diciendo con ella. De allí que cada uno puede describir o explicar realidades o relaciones diversas y crear la ilusión de que se está hablando de lo mismo. No es éste el lugar apropiado para una extensa discusión sobre el populismo como concepto teórico-político utilizable para nuestra realidad. La literatura latinoamericana sobre el tema es amplia aunque nada homogénea y escasamente clarificadora tanto en el plano de la explicación de la realidad como en el de la teoría sociológica o política. En lo que se refiere a Venezuela el término se ha usado más bien poco, y menos aún se ha intentado una elaboración teórica del mismo. Uso aquí el término, asumiendo todas las ventajas de su ambigüedad, para subrayar el carácter peculiar de nuestra democracia-representativa-de-partidos. Populista es una democracia y unos partidos en los que el pueblo no es sujeto principal, pero que han sido exitosos en lograr una fuerte vinculación con ese pueblo en su globalidad y con cada uno de sus sectores en particular. El populismo más que como ideología funciona como talante de las relaciones políticas de la sociedad venezolana en la que se ha creado una estructura de toma de decisiones que hace necesaria referencia a la consulta masiva (votaciones) y supone un trabajoso mecanismo de negociaciones con los más variados sectores de la sociedad que han significado un paso de avance respecto de las formas autoritarias y autocráticas propias del largo pasado dictatorial. Democracia populista indica una realidad política en la que realmente el pueblo no es quien gobierna (por tanto, no es plenamente democracia) y en la que las decisiones políticas y económicas tienen que "tomar en cuenta" a cada estrato de la población según su poder real, además de las necesidades del pueblo para garantizar su permanencia, estabilidad y legitimidad.

Finalmente, la investigación opta por el análisis sincrónico frente al diacrónico tomando en cuenta enfoques teóricos como el de Michels (ley de hierro de la oligarquía), Downs (los partidos formulan políticas para ganar elec-

ciones y no viceversa), Olsen y su lógica de la acción colectiva, Duverger y Huntington. Utiliza, además, una amplia bibliografía que comprende libros, artículos, documentos, panfletos, revistas y periódicos, junto con 34 entrevistas a dirigentes de COPEI con cargos partidistas en el momento de la investigación. Desde un interés más teórico hubiera sido deseable una mayor explicitación de la metodología que sirve de guía al desarrollo de la investigación. Después de la lectura del libro puede quedar la sensación de no haberle sacado todo el jugo al material disponible y de una cierta incoherencia entre los diversos capítulos: por ejemplo, no se resalta la relación entre la inspiración o principios doctrinarios y la estructura organizativa, ni entre aquella y el desenvolvimiento real del liderazgo en la historia del partido o de su influjo en las relaciones partido-gobierno (capítulo que, aparte del interés del tema, encaja como forzado en el conjunto, especialmente por su delimitación al período 1974-1979).

COPEI: UN PARTIDO PRINCIPISTA MAS QUE DOCTRINARIO

Los partidos demócrata-cristianos en general, y COPEI en particular, han insistido históricamente en presentarse como partidos doctrinarios, guiados en su acción por las ideas que le sirven de identidad política e institucional, en contraposición a partidos "pragmáticos", cuya acción no tiene más finalidad que el disfrute del ejercicio del poder político. El estudio del Prof. Combellas hace una larga exposición de las fuentes ideológicas de los partidos socialcristianos, interesante y bien hecha introducción para quien tenga curiosidad por internarse en el estudio de las ideas políticas en Venezuela. No se trata de un tratamiento completo, pues no es el objetivo del trabajo. Ese recorrido reafirma la percepción muchas veces señalada de que COPEI es un partido con *principios* muy claros y generales, pero carente de una mediación teórica que permita a esos principios encarnarse en la realidad concreta de las relaciones de poder de la sociedad venezolana en una forma más coherente con tales principios. Por eso decimos que no es tanto un partido doctrinario o ideológico, es decir, capaz de producir una interpretación teórica de la realidad en relación sistemática con su actuación política en una sociedad cambiante sino un partido que proclama insistentemente los mismos principios, de la misma forma abstracta, y actúa según

las circunstancias, es decir, "pragmática-mente".

La explicación de fondo de esta característica de COPEI y del conjunto del movimiento demócrata-cristiano tiene que ver con su peculiar relación con la producción teórica. Son partidos que no se han preocupado directamente por el pensamiento teórico-político. Han tomado sus principios y elementos teóricos de fuera de ellos mismos: de la Iglesia Católica y su Doctrina Social, o de pensadores como J. Maritain, E. Mounier, Lebret... que no pensaron *para* ni *en* algún partido demo-cristiano. Es decir, COPEI ha fundado su acción política en un pensamiento externo a él mismo. La escasa producción ideológica de COPEI en sus cuarenta años de vida en Venezuela tiene más que ver con respuestas políticas a situaciones coyunturales o a "emergencias" sociales que con la elaboración de un proyecto político que, partiendo de un conocimiento profundo del medio en el que desenvuelve su acción y con una idea acabada del modelo de sociedad ideal al que quiere llegar, trace el camino y los pasos para realizarlo.

El progresivo distanciamiento del pensamiento católico es una clara demostración de esta característica de la corriente socialcristiana. La inspiración de autores cristianos y de la propia Iglesia al movimiento D.C. respondió a las condiciones específicas del momento histórico Europeo marcado por dos guerras mundiales. La acelerada evolución del pensamiento cristiano en las últimas décadas, significada especialmente por el Concilio Vaticano II y el surgimiento en toda la Iglesia de grupos que se esfuerzan por dar respuestas nuevas a situaciones inéditas hace que los partidos socialcristianos no representen más las fuerzas emergentes del cristianismo, especialmente en América Latina. De allí que de un tiempo para acá el conjunto de organizaciones D.C. se empeñen en presentarse como no-confesionales (Cfr. Combellas, p. 45). El pensamiento y la acción de los cristianos ha desbordado ampliamente el marco conceptual y de actividad política que dio origen a la D.C. Esta, por su parte, ha preferido anclarse en aquel momento a evolucionar junto con el conjunto de la Iglesia, al menos en sus expresiones más notables como el Concilio Vaticano II y las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano celebradas en Medellín (1968) y Puebla (1979).

También resulta significativa la posición del socialcristianismo frente al

comunismo como ejemplo de una actitud principista más que doctrinaria o teórico-política. Desde sus orígenes la D.C. se autodefine como "tercera vía" frente al capitalismo (individualista) y al comunismo (colectivista). Sin embargo, la actitud de principio lleva a un anti-comunismo a la postre irracional. Como lo señala Combellas: frente al capitalismo no hay una crítica antagonica, se considera que éste puede "reformarse", humanizarse... mientras que el comunismo "se concibe como el rival por antonomasia en la lucha antagonica, frente al que hay que deslindarse" (p. 55).

Una actitud principista que ha llevado a la D.C. a convertirse en portavoz de las posiciones más "derechistas" y conservadores especialmente en la medida en que propuestas de inspiración socialista han asumido posiciones de centro o reformistas.

Igualmente los adjetivos que usan los socialcristianos para autocalificarse y expresar su identidad reafirman ese carácter principista de su posición ideológica: se llaman *populares* porque aspiran al desarrollo de los pueblos para satisfacer sus necesidades (entendiendo por "pueblo" toda la población de una nación (cf. VI Conferencia Mundial de la UMD, SIC 383 (marzo 1976) pp. 100-103 y 137-144); se llaman partido liberador porque profesan la libertad como valor (ibidem)... etc.

MASAS, CUADROS, ELITES Y POPULISMO

La tipificación de los partidos "de masas" y "de cuadros" propuesta por Duverger en 1951 se ha convertido en referencia obligada a la hora de caracterizar cualquier partido político. Para Venezuela es una distinción de escasa utilidad teórica, pues ninguno de los partidos de figuración nacional ha intentado estructurarse como "partido de cuadros" (... "movimientos de personalidades prominentes en diferentes campos que persiguen un objetivo concreto por lo general de participación en unas elecciones" (Njaim, H. "El financiamiento de la maquinaria partidista en Venezuela" p. 25) Por tanto, todos son "partidos de masas" *sui generis*. Combellas (p. 311) caracteriza a COPEI como "partido de masas con ciertas matizaciones" en cuanto es una organización permanente, especializada, con una fuerte articulación entre la base y la cúpula, un liderazgo a tiempo completo y ha desarrollado una burocracia profesional. Además posee un modelo centralizado de toma de decisiones y su función va

más allá de "ganar elecciones". Sin embargo, los militantes copeyanos no cotizan regularmente de manera que el partido tenga una autonomía financiera respecto de los grandes capitalistas del país, sino que la *élite* directiva del partido no tiene más remedio que reunir "notables" para financiar su actividad; "Notables influyentes, en primer lugar, cuyo nombre; prestigio o brillo servirán de fiador al candidato y le cosecharán votos; notables técnicos, en segundo lugar, que conozcan el arte de conducir a los electores y de organizar una campaña; notables financieros, finalmente, que aportan el nervio de la batalla" (Duverger, M. *Los partidos políticos*, 1969, p. 94, al describir los "partidos de cuadros").

A nuestro entender, caracterizar a COPEI como partido requiere alejarse del esquema propuesto por Duverger (en lo cual él estaría, puede suponerse, perfectamente de acuerdo). COPEI es un partido que encuadra masas, gana elecciones (con más frecuencia las pierde), posee una numerosa militancia, una dirigencia a tiempo completo, una Dirección Nacional y una estructura para "bajar la línea" hasta el militante... Además, está dirigido efectivamente por una élite encabezada por el máximo dirigente, los líderes fundadores y quienes controlan parcelas internas de poder partidista. Junto con eso el partido está orgánicamente relacionado con las élites del poder económico, cultural y político nacional fuera del partido y tiene una cuota importante en la estructura del Estado.

Con esas características nos vemos muy tentados a volver a echar mano del concepto de *populismo* para calificar el tipo de partido que es COPEI. El partido socialcristiano venezolano es un partido *populista*. Lo cual, además, parece ser una condición indispensable para el éxito político en el actual sistema democrático venezolano.

La estructura populista de COPEI conspira también contra la posibilidad de ser un partido doctrinario. Así lo concluye Combellas después de analizar pormenorizadamente la organización interna y el liderazgo copeyano (p. 315-316).

DEMOCRACIA INTERNA Y LIDERAZGO

El estudio que comentamos dedica un largo capítulo a la estructura organizativa y otro a la cuestión del liderazgo, las tendencias y las "generaciones" en COPEI. El primero es una descripción pormenorizada de gran utilidad pa-

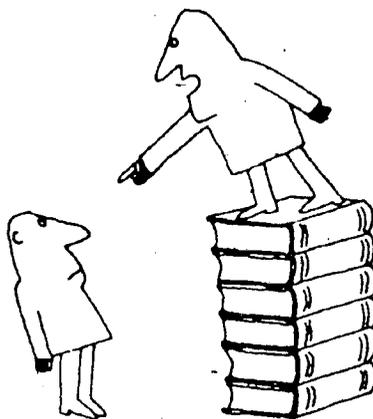
ra quien se interese por conocer la forma organizativa que requiere un partido para cumplir las múltiples funciones que le exige su participación en el funcionamiento de la democracia venezolana y explicarse cómo pueden convivir tendencias y liderazgos relativamente representativos de intereses sociales diversos.

El estudio de dicha organización confirma la existencia de una tendencia a la "cogollización" de las decisiones internas del partido. La concentración de poder en el Comité Nacional corre paralela a la disminución de la importancia de la Convención Nacional y los organismos de base. Más allá del organigrama complejo y visto en forma plana la organización responde a las necesidades de un partido "trionfador" en una democracia populista.

La democracia interna es reconocida en principio como método para la selección de los dirigentes del partido y como participación de los militantes en las decisiones políticas: "La posición del partido no ha sido coherente en este aspecto" (p. 313) pues la cúpula, a través de la reserva de los puestos salidores en las planchas, el predominio de los entes ejecutivos sobre las asambleas y la institución de los "miembros de derecho permanente", posee un control muy grande de los cargos y de las decisiones.

Democracia interna y participación están estrechamente ligadas con la cuestión del liderazgo copeyano. El libro de Combellas intenta una aproximación "generacional" al estudio de su origen, distinguiendo después entre *dirigentes* (que pueden ser muchos y "por oficio") y los *líderes* que son pocos y tienen un reconocimiento personal independiente del cargo que ocupen en la estructura organizativa del partido. Combellas introduce su tratamiento del tema del liderazgo (p. 203) asumiendo una interpretación que se ha hecho común en la literatura política venezolana: considerar el liderazgo en los partidos post-gomecistas como una trasposición del caudillismo decimonónico. Se trata de una manera atractiva de tratar el problema, pero en el fondo fácil y cómoda intelectualmente. En efecto, cualquier intento de uno con precisión del concepto de "caudillismo" tal como se dio en la Venezuela pre-petrolera, basado en la propiedad de la tierra y el ejercicio del poder político, apenas permite usar el término como metáfora y no como categoría analítica para calificar a los líderes partidistas.

La dificultad del tema hace que el autor se "cure en salud" y nos recuerde



en una nota a pie de página que no pretende un tratamiento exhaustivo del tema para ofrecernos un capítulo meramente descriptivo, en el que los nombres de los líderes no se justifican más que por su uso, como si se tratara de una evidencia, y carente de una indagación de las raíces relación con la estructura formal organizativa del partido y las consecuencias de ese liderazgo.

Nuevamente la ambigüedad de la categoría *populista* aparece como más precisa para entender también el liderazgo copeyano. Un partido populista, empuñado en construir una democracia populista, en una sociedad en pleno proceso de transición a la modernidad, necesita un liderazgo también *populista*. En este caso el líder es la encarnación de la élite modernizadora que ya ha completado el proceso de modernización y tiene todas las capacidades para guiar al resto del pueblo hacia ella.

Un problema propio de este tipo de estructura es la posibilidad del "relevo generacional" o de renovación del liderazgo. Un liderazgo con las características descritas tiende a la permanencia. En el caso de los "fundadores" se hace mítico-simbólica. Si el líder, además, se siente identificado con su papel y personalmente responsable de la marcha de la historia, no hay relevo posible. Combellas afirma que "el relevo generacional ha sido intenso en el partido" (p. 313); sin embargo, A. Brewer-Carías en el prólogo (p. 20) parece indicar que la democratización de la democracia venezolana debe comenzar por los propios partidos y el "relevo generacional" es un elemento clave en esa transformación.

Combellas, además, indica que la unidad de COPEI se ha mantenido, entre otros factores porque se ha dado ese relevo generacional (p. 314). Cuando trata el tema de las tendencias internas las describe como no ideológico-programáticas, sino referidas a estilos de conducción, al éxito político del líder, transitorias y como vehículo de ascenso dentro del partido (pp. 213-214). Hay, pues,

un reconocimiento de la pugna interna por el liderazgo del partido, que ha llevado y lleva a alianzas variables internas. Desde afuera da la impresión de que más que un "relevo generacional" lo que se ha dado en COPEI es una incorporación de gente más joven a cargos de responsabilidad en una estructura partidista que ha crecido enormemente. Sin embargo, el acceso a esas posiciones está íntimamente relacionado con las "zonas" internas de poder de cada líder y con las confrontaciones entre ellos. Es decir, más que un relevo hay una reafirmación del funcionamiento vertical y centralista del liderazgo copeyano, propio de una estructura política como la vigente en el país. La razón de la unidad puede estar más vinculada al realismo político que al efectivo "compartir" el poder de los líderes. El autor que comentamos califica a COPEI como una "democracia pasiva" (p. 315) en la que prevalece la capacidad de avasallamiento de los líderes.

GOBIERNO Y FUTURO

La obra incluye un capítulo sobre las relaciones partido-gobierno con especial referencia al período presidencial de Luis Herrera Campins. El tema es relevante y difícil de enfocar. La lectura del capítulo deja una cierta insatisfacción quizá por la dificultad de un acercamiento más teórico. Daría la impresión de que el "problema" en las relaciones partido-gobierno sólo se presenta cuando el Presidente de la República no es el "líder máximo" del partido. Incide mucho en el análisis la cuestión de los "estilos" personales de los líderes que han ocupado la Presidencia. El mérito de este capítulo es el haber abierto una brecha en un problema que requiere de formulaciones politológicas más acabadas para poder hacer un examen más profundo de esas relaciones.

De este estudio se desprende la capacidad que ha tenido COPEI de organizarse como pilar de nuestra democracia populista. De allí la fuerte repercusión que tienen los problemas del conjunto del sistema político en la marcha del partido y viceversa. Una pregunta hacia el futuro es si COPEI se ha convertido en una maquinaria tan especializada que sólo puede sobrevivir en las relaciones propias de este sistema, o sea, si se ha convertido en un "dinosaurio político" incapaz de sobrevivir a la transformación del medio, o si tiene real capacidad de no sólo soportar sino también propiciar cambios estructurales que superen las actuales condiciones de vida política del pueblo venezolano.